



¿POR QUÉ FILOSOFÍA?

Why Philosophy?

Dr. Kenneth A. Taylor¹

Traducción: Francisco Castro Richter²

Pertinencia de la traducción

Este artículo fue publicado originalmente en el blog *Philosopher*, editado por la profesora Meena Krishnamurthy (Queen's University). Su autor, Kenneth A. Taylor (1954-2019), destacó en áreas especializadas de la filosofía relacionadas con el estudio de la mente y el lenguaje.

La filosofía se enfrenta a un ambiente considerablemente hostil a su desarrollo integral, en distintos frentes. En este texto, el profesor Taylor hace una apasionada defensa de la filosofía y ofrece consideraciones elementales pero de peso para la defensa pública de la misma. Con su publicación se espera invitar al gremio a reflexionar y discutir sobre qué es la filosofía, por qué hacerla y cómo defenderla. El supuesto de fondo es que, como también insiste el profesor Taylor, la actividad y la profesión filosófica son altamente valiosas para la vida en sociedad.

Precisamente porque se requiere una defensa pública sólida de la filosofía es que también esta clase de reflexiones metafilosóficas se hacen necesarias. Lamentablemente, la filosofía de la filosofía (o “metafilosofía”) se entiende como un área más en la que se puede entrar a estudiar, y no como un espacio de reflexión transversal al gremio donde podamos (y debamos) pensar sobre el sentido y método de nuestra labor. La invitación sería también,

¹ † (1954-2019) Dr. Kenneth A. Taylor enseñó en los departamentos de Filosofía de la Universidad Rutgers, la Universidad de Maryland en College Park, la Universidad Wesleyan, la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill y el Middlebury College. Este texto fue publicado en:

<https://politicalphilosopher.net/2016/08/26/featured-philosopher-ken-taylor/>

² <https://orcid.org/0009-0003-3167-6513>.



entonces, a no dejarse absorber por completo en los objetos de nuestros estudios y poder apreciar además (con la radicalidad crítica y pausada que la filosofía conlleva) la naturaleza del estudio mismo.

¿Por qué filosofía?

La filosofía está en un estado peculiar. El público en general tiene poco aprecio por lo que es o por qué importa. Los estudiantes de pregrado en su mayoría la evitan –al menos cuando escogen sus especialidades. Los estudiantes de filosofía en posgrado, que gastan años navegando contra los vientos imperantes, con demasiada frecuencia terminan varando en las brutales aguas de un mercado laboral híper-competitivo. Físicos como Stephen Hawking o Neil deGrasse Tyson la desestiman como noticia del pasado, una disciplina muerta que hace tiempo ha dejado de ser útil. Nuestros colegas humanistas a menudo miran con recelo mucho de lo que hacemos y encuentran pocos filósofos que valga la pena leer. Muchos filósofos han llegado ellos mismos a tener sus dudas. No es ningún secreto que el profesorado de filosofía es significativamente menos diverso que en muchos otros campos de investigación humanista. Y que, se nos dice a veces, es porque la filosofía es peculiarmente resistente a las voces de los marginados y oprimidos. La filosofía, se nos dice, es una disciplina llena de sexismo, misoginia, racismo y capacitismo (*ableism*). Independientemente de lo que se piense sobre este catálogo de presuntos males, uno no podría ser culpado por desesperarse al pensar en el futuro de lo que podría ser la profesión académica más antigua.

Tal desesperación está fuera de lugar. La filosofía sigue siendo una disciplina vibrante y vital. Vale mucho la pena dedicarse a ella. Digo esto no porque obtenga una gran cuota de satisfacción personal haciendo filosofía –lo cual es cierto– sino porque creo fervientemente que nuestra vida colectiva sería significativamente mejorada en muchas formas si la filosofía fuera a jugar un rol mucho más grande no solo en nuestras universidades, sino también en la educación primaria y secundaria e incluso en el discurso público más ampliamente. En el resto de este texto quiero decir por qué pienso esto.



Primero, necesito decir qué entiendo por filosofía. Soy un cierto tipo de nominalista respecto a la filosofía. La filosofía es simplemente lo que las personas que se autodenominan como filósofos hacen. Y los filósofos hacen todo tipo de cosas. La filosofía ahora es, siempre ha sido, y probablemente siempre será una disciplina altamente fragmentada. Parte de lo que los filósofos hacen es muy continuo con las ciencias. A pesar de las protestas de Hawking y deGrasse Tyson, hay filósofos de la física cuyo trabajo filosófico les demanda lidiar con asuntos en las fronteras de la física contemporánea y la cosmología. Otros filósofos hacen cosas que no se cruzan mucho con las ciencias. Hay filósofos que están profunda y apropiadamente interesados por la historia de la filosofía, y están quienes ven la historia de la filosofía como algo de poca relevancia para sus proyectos filosóficos en curso. Algunos filósofos se conciben a sí mismos abordando asuntos ampliamente a priori que pueden ser resueltos definitivamente desde el sillón. Otros filósofos quieren sacar la filosofía fuera del sillón y llevarla al laboratorio. Algunos están contentos con analizar y ordenar conceptos ordinarios en los márgenes. Otros buscan tensionar los conceptos ordinarios hasta sus límites (*breaking points*). Algunos filósofos quieren reconectar la filosofía con la investigación humanista más amplia; otros se retraen de las humanidades más ampliamente. Algunos ven a la filosofía como exhortación. Otros la ven como explicación.

Puede que haya alguna unidad profunda por debajo de esta vasta diversidad superficial. Pero luego de todos estos años, yo mismo todavía no puedo decir claramente en qué consiste tal unidad. En efecto, tiendo a creer que la delimitación de los peculiares trozos del paisaje intelectual total que actualmente son agrupados bajo la rúbrica de “filosofía” es mayoritariamente un accidente de la historia académica y cultural. Hace unos cien años, habrías encontrado mucho de lo que ahora lleva el nombre de filosofía y lo que ahora lleva el nombre de psicología ubicado en el mismo departamento universitario. Mucho antes de eso, la gente te hubiera mirado perpleja si intentaras trazar una distinción tajante entre ciencia y filosofía.



Mi nominalismo respecto a la filosofía me lleva a aceptar una visión bastante católica de la filosofía. Celebro y aplaudo los intentos de mil flores filosóficas por florecer. Pero no soy lo suficientemente como Pollyana³ para negar que en varias etapas de la historia de la filosofía ciertos modos de filosofía han gozado de una predominancia hegemónica. Esto pareciera ocurrir siempre que quienes proveen tal o cual forma de filosofía se las arreglan para tomar control de las cimas de poder desde las cuales se dispensan cosas como la permanencia académica (*tenure*) los grados y el prestigio académico. Ocupar las cimas de poder facilita enormemente reproducirte a ti mismo en las generaciones siguientes. Pero espero no estar siendo ingenuo cuando digo que no debemos sobrestimar el poder de los actores hegemónicos para reproducirse solamente vía fuerza bruta institucional. Durante el largo transcurso de la historia, los filósofos han realizado muchos cambios de paradigma y han declarado la muerte de la filosofía como era practicada por sus antecesores. A pesar de que la filosofía es sin duda la profesión académica más antigua, mi colega John Perry ha afirmado correctamente que ha muerto mil muertes, sólo para emerger, como el Fénix, para vivir de nuevo, en configuraciones siempre nuevas.

Si insistes en preguntar por la verdadera naturaleza y esencia de la filosofía, no se puede obtener de un enfoque estrecho en el momento presente y el máximo local en el espacio de configuración que ocupamos actualmente. Para ver la filosofía como un todo, en su real esencia, se necesita una visión más amplia. Uno tiene que examinar el paisaje dinámico completo a través del cual la filosofía ha caminado sobre el tiempo histórico y el espacio cultural. Tal paisaje tiene muchas ramificaciones, muchas cumbres y muchos valles. Solo el paisaje total como un todo constituye a filosofía como tal. Así que solo al delinear todas las configuraciones posibles de tal paisaje vas a siquiera comenzar a entender lo que la filosofía es esencialmente. Y una vez que tomas esta visión amplia, serás, predigo, arrojado de vuelta justamente a alguna versión de mi nominalismo católico. Si uno pudiera capturar una mirada

³ “Pollyana” es una referencia a la novela del mismo nombre escrita por Eleanor H. Porter (publicada en 1913). Es la historia de una niña huérfana (Pollyana) que juega a verle el lado positivo a todas las cosas que pasan. Por eso, la expresión se usa para describir a alguien que es o está siendo demasiado optimista.



del todo, desde una perspectiva exterior a este paisaje que está permanentemente desplegándose, si pudieras considerarlo con una cierta ecuanimidad desapegada, sería, sospecho, una cosa maravillosa de apreciar.

Supongamos que estoy en lo correcto sobre la naturaleza de la filosofía. Supongamos que no tiene una esencia fija atemporal. Supongamos que su verdadera naturaleza sólo es revelada en el despliegue de un vasto paisaje dinámico que se esparce a lo largo del tiempo y el espacio cultural. Supongamos que las configuraciones locales en este panorama dinámico en permanente despliegue no exhiben ninguna unidad profunda y disfrutan sólo de estabilidad local. Entonces, ¿por qué debiera la filosofía merecer, como creo que lo hace, un lugar significativamente más grande en el panorama educacional general, cultural e intelectual que el que actualmente ocupa?

Respondo que es precisamente el carácter fragmentario de la filosofía lo que hace que sea tan merecedora en este sentido. Debido a sus muchas fuentes y diversas ambiciones, la filosofía es una empresa masiva y en esparcimiento. Es fragmentaria y desunida precisamente porque está profundamente involucrada con casi la totalidad del resto de los elementos del panorama intelectual total. Es quizás la más interdisciplinaria de las humanidades, por lo menos, y probablemente la más interdisciplinaria de todos los campos de investigación intelectual. El rango de asuntos que la filosofía ha buscado históricamente y sigue buscando esclarecer, y las fuentes sobre las que se basa en su intento para lograr tal esclarecimiento es asombroso. Es la filosofía la que ha luchado más duramente y con más persistencia para explicar detalladamente los fundamentos racionales de los poderes coercitivos del estado, los deberes de las personas entre ellas mismas, los límites del método científico. La filosofía ha tratado de dirimir en la larga lucha entre ciencia y religión, de integrar los desalentadores resultados de las ciencias naturales, biológicas y cognitivas en una visión edificante o al menos no debilitante del lugar de la humanidad y de nuestras aspiraciones más profundas en el orden de las cosas. La filosofía busca entender cómo la conciencia y la racionalidad se las arreglan para tener lugares en lo que parece ser un universo meramente material. Busca



entender lo que los seres humanos pueden esperar saber y a través de qué medios de investigación podemos esperar saberlo. Busca entender la naturaleza del arte, la naturaleza de la belleza, la naturaleza de la verdad, del lenguaje, de la acción, de la causalidad. En sus intentos para entender estas cosas, extrae reflexiones de toda fuente posible: de los productos y prácticas de las ciencias biológicas y físicas, de las humanidades y las ciencias sociales, de una reflexión filosófica previa sobre el lenguaje y el significado, de la fenomenología de la experiencia vivida. Tampoco busca el filósofo meramente interpretar, explicar o narrar el mundo. Es un instrumento poderoso para la crítica cultural, uno que está dispuesto a someter incluso los trozos más atrincherados y reconfortantes de la sabiduría recibida a la severa luz de la autoreflexión crítica. A pesar de que la filosofía no siempre genera noticias, a menudo las trae. “Dado lo que sabemos de esta o aquella fuente”, dice el filósofo que trae las noticias, “no puedes tener vuestras preciadas nociones de autonomía o moralidad o Dios o... lo que sea”. Pero en su mejor forma, la filosofía no se detiene ahí. Cuando las noticias son difíciles de tragar, cuando amenaza con debilitarnos y socavar nuestros proyectos, el filósofo nos invita a comenzar nuevamente, preguntando “¿Qué podemos tener entonces? ¿Y qué puede hacerse con lo que tenemos?”

¿Cómo se podría prescindir de una disciplina así? ¿Cómo podría ser una cosa del pasado? Es siempre y actualmente relevante para todo lo que la mente humana puede concebir, saber, imaginar o desear.

Muy a menudo, cuando observadores externos miran el trabajo de la filosofía académica profesional, como se practica en nuestro tiempo, ven muy poco de esto. Esto es, en parte, nuestra culpa. Muy a menudo hacemos filosofía en claves muy desalentadoras. Nos hemos vuelto virtuosos en manipular maquinaria técnica y conceptos e ideas abstrusas. Por supuesto, estas son habilidades y herramientas valiosas. Nos permiten dividir grandes problemas en subproblemas más pequeños y manejables. Nos permiten aproximarnos a antiguos problemas con nuevo rigor y claridad. Las estructuras institucionales hegemónicas



referidas anteriormente dan grandes recompensas para aquellos que manejan tales herramientas con aplomo.

Pero por supuesto esto hace muy difícil, para aquellos que no son ya adeptos, encontrar una manera para entrar. Y aquellas mismas estructuras institucionales hacen muy poco para recompensar a popularizadores o explicadores que podrían abrir las riquezas de la filosofía a audiencias más amplias. No me malentiendan. No intento desacreditar los arreglos institucionales actuales, al menos no completamente. La maduración de la filosofía en un campo cuasi-técnico es, en mi opinión, algo bueno. Pero no hay bendiciones puras. Aquello que mejora la profundidad de la filosofía podría oscurecer su amplia relevancia para la vida humana. En un mundo moralmente más perfecto, podríamos tener ambas cosas. Podríamos encontrar una forma de recompensar tanto la virtuosidad técnica como conceptual que la filosofía ahora requiere y la capacidad para popularizar y explicarla al no-virtuoso y podríamos hacerlo sin, por así decirlo, aislar a los explicadores.

Hace mucho tiempo he estado convencido de que hay una considerable demanda insatisfecha –tanto dentro de la academia como fuera de ella– por aquello que la filosofía puede proveer. Nosotros, los filósofos académicos profesionales, hemos sido poco sensibles a tal demanda insatisfecha. Aquí estoy pensando en las relaciones entre la filosofía y los muchos otros campos de las humanidades y las ciencias sociales. Por un buen tiempo hasta ahora, nuestros colegas humanistas han estado fervientemente repensando muchas de sus categorías y conceptos fundamentales, con un ojo puesto hacia interrogar y confrontar más profundamente temas urgentes relacionados con la raza, el género, la identidad y la cultura. Para mejor o para peor, los filósofos analíticos hace tiempo han sido meros espectadores en ese frente. Nuestras pre-ocupaciones profesionales principales yacen en otro lugar, con asuntos que tomamos como más universales y más fundamentales. No diré más sobre por qué. Hay, ciertamente, una complicada narrativa histórica que podría ser contada sobre todo esto, pero no trataré de construir tal narrativa aquí.



Por supuesto, a pesar de que la demanda por un conjunto de herramientas filosóficas para pensar más fructíferamente respecto a la raza, el género, la identidad y la cultura estaba allí e insatisfecha por los filósofos, tampoco fue completamente desatendida. Simplemente fue atendida por otros. Eso es lo que estaba destinado a pasar, sin duda, puesto que el paisaje intelectual aborrece los vacíos. No diré que aquellos otros que entraron en el lugar de la filosofía lo hicieron del todo mal, pero no creo que fuese un desarrollo completamente bueno. La peor parte de ello fue que ciertos miembros “caídos”, por así decirlo, de la alta iglesia de la filosofía sí tenían algo que decir. Pero sea cuales sean sus intenciones, lo que han logrado es incrementar la alienación entre filósofos y otros humanistas. Sin duda, han ayudado a confirmar algunos de los peores prejuicios de muchos de nuestros colegas humanistas sobre aquello para lo cual los filósofos somos colectivamente buenos. “No para mucho”, era el veredicto ampliamente repetido sobre nuestra disciplina. No quiero abrir viejas heridas, excepto para decir que considero aquellos como los antiguos malos días entre los filósofos y humanistas –malo para todos. Pero uno de los buenos presagios para el futuro de la filosofía es que ciertos “sustitutos” para la filosofía –por muy sensibles que hayan sido a una demanda genuinamente no satisfecha– han perdido mucho de su lustro inicial. Y los filósofos del calibre más alto han vuelto su atención a cuestiones vitales que alguna vez estábamos contentos de ignorar.

Desearía poder decir que lo mismo es cierto de las demandas no satisfechas para la filosofía en la esfera pública. Parte del problema es que difícilmente alguien es reflexivamente consciente de que el hambre ampliamente experimentada por algo más es realmente un hambre que la filosofía está equipada de manera única para satisfacer. Aun así, no estoy desesperanzado. Lo que necesitamos hacer colectivamente es simplemente reclamar propiedad de cierto nicho en el panorama cultural. Nadie nos detiene. Nadie se apura a hacerlo en nuestro lugar. Así que simplemente hagámoslo. De hecho, ya está pasando. Eso es lo que John Perry y yo hemos estado tratando de hacer con *Philosophy Talk* todos estos años. Y hay muchos otros haciendo varios intentos también. Lo que no hay es mucho apoyo institucional para tales esfuerzos.



Ya he seguido por mucho rato. Voy a detenerme admitiendo que no tengo idea de qué depara el futuro para la filosofía. Pero predigo que, si no destruimos el planeta antes, este será un emocionante siglo para nosotros –a pesar de los muchos males que muchos piensan que nuestra disciplina sufre. Si todo va bien, será un siglo en el cual la completa envergadura y profundidad de la filosofía se ponga en juego dentro y fuera de la academia. Si eso sucede, el panorama intelectual y cultural estará muy enriquecido. Como Nietzsche diría, “¡Embárquense, Filósofos!”